

siempre por sí mismo: arreglaba sus pasos, y les enseñaba á hacer la accion mas sensible con gestos nuevos y expresivos; pero mas que todo les instruia su ejemplo, pues representaba con ellos en sus piezas. Para adiestrarlos solia asociarse un habil maestro de coro, llamado Telestes, quien habia perfeccionado el arte del gesto. En la representacion de *los Siete Gefes delante de Tebas*, fué la accion tan expresiva, que hubiera podido suplir por las palabras.

Dijimos que Esquiles habia trasladado á la tragedia el estilo de la epopeya y del ditirambo: tambien hizo pasar á ella las modulaciones elevadas, y el ritmo impetuoso de ciertas composiciones ó *nomos*, destinados á excitar el valor; pero no adoptó las innovaciones que empezaban á introducirse y á desfigurar la antigua música. Su canto está lleno de nobleza y decencia, sin salir del género diatónico, el mas sencillo y natural de todos.

Acusado falsamente de haber descubierto en una de sus piezas los misterios de Eleusis, logró, aunque con trabajo, librarse del furor de un pueblo fanático. Sin embargo, perdonó esta injusticia á los Atenienses, porque solamente habia corrido peligro su vida; mas cuando vió que coronaban las piezas de sus rivales con preferencia á las suyas, dijo: el tiempo pondrá las mias en su lugar; y habiendo abandonado su

patria, se fué á Sicilia, donde el rey Hieron le colmó de beneficios y honores. Murió de allí á poco á los setenta años de edad, poco mas ó menos*; y se grabó en su sepulcro este epitafio, que habia compuesto él mismo: « aquí yace Esquiles, hijo de Euforion; nació en la Atica, y « murió en el fertil pais de Gela: los Persas y « el bosque de Maraton serán para siempre testigos de su valor. » Parece que disgustado en este momento de la gloria literaria, no conoció otra mas brillante que la de las armas. Los Atenienses decretaron honores á su memoria, y mas de una vez los autores que se dedican al teatro, han ido á hacer libaciones sobre su sepulcro, y á declamar sus obras en torno de este monumento fúnebre.

Me he dilatado sobre el mérito de este poeta, porque sus innovaciones casi todas han sido descubrimientos, y porque era mas difícil, atendidos los modelos que tenia delante, elevar la tragedia al punto de grandeza en que él la dejó, que perfeccionarla despues.

Los progresos del arte fueron en extremo rápidos. Esquiles habia nacido algunos años despues que Tespis dió su *Alcestes***; y tuvo por

* El año 436 antes de J. C.

** Tespis dió su *Alcestes* el año 536 antes de J. C. Esquiles nació el año 525 antes de la misma era; y Sófocles hácia el año 498.

contemporaneos y rivales á Quérilo, Práquinas, Frínico, cuya gloria oscureció; y á Sófocles, que le disputó la suya.

Nació Sófocles de una familia honrada de Atenas el año tercero de la olimpiada setenta, cerca de veinte y siete años despues del nacimiento de Esquiles, y unos trece antes del de Eurípides.

No diré que despues de la batalla de Salamina, puesto al frente de un coro de jóvenes que al rededor de un trofeo, entonaban cantos de victoria, atrajo las miradas de todos por la gallardia de su persona, y todos los votos por los sonidos de su lira; que en diferentes ocasiones se le confiaron empleos importantes, ya civiles, ya militares*; que acusado en la edad de ochenta años por un hijo ingrato, de que no estaba ya en disposicion de gobernar su casa, se contentó con leer en la audiencia el *Edipo en Colona*, que acababa de componer entonces; que los jueces indignados, le conservaron sus derechos, y todos los circunstancias le condujeron en triunfo á su casa; que murió á los noventa y un años, despues de haber gozado de una gloria, cuyo lustre se aumenta cada dia; pues es-

* Mandó el ejército con Pericles. Esto no prueba sus talentos militares, sino que fué uno de los diez generales elegidos por suerte todos los años.

tas circunstancias honrosas no le honrarian bastante; pero diré que lo apacible de su indole y las gracias de su ingenio le grangearon muchos amigos que conservó toda su vida; que se resistió sin vanidad, y sin sentimiento á la solicitud con que los reyes querian llevarle al lado de ellos; que si en la edad de los placeres, le extravió el amor alguna vez, lejos de calumniar la vejez, se felicitó de sus pérdidas, como un esclavo que queda exento de sufrir los caprichos de un tirano feroz; que en la muerte de Eurípides su émulo, que acaeció poco antes de la suya, se presentó vestido de luto, participó del dolor de los Atenienses, y no permitió que en una pieza que daba, se pusiesen coronas sus actores.

Al principio se aplicó Sófocles á la poesia lírica, pero su ingenio le puso muy pronto en otro camino mas glorioso, y su primer ensayo le fijó en él para siempre. A la edad de veinte y ocho años, concurrió con Esquiles, que estaba en posesion del teatro; y acabada la representacion no pudo el primero de los arcontes, que presidia á los juegos, sacar por suerte los jueces que debian votar la corona; porque los espectadores estaban discordes y clamoreando; y como se aumentase el clamoreo por momentos, los diez generales de la república, al frente de los cuales se hallaba Cimón, quien por sus vic-

torias y liberalidades habia llegado á la cumbre de la gloria y estimacion, subieron al teatro, y se acercaron al altar de Baco, para hacer las libaciones de uso antes de retirarse. La presencia de ellos, y la ceremonia que acababan de hacer, suspendieron el tumulto, y habiéndolos elegido el arconte, para nombrar el vencedor, les hizo sentar despues de haberles exigido el juramento. Declaróse la pluralidad de votos en favor de Sófocles, y su concurrente, sentido por esta preferencia, se retiró algun tiempo despues á Sicilia.

Un triunfo como este debia asegurar para siempre á Sófocles el imperio del teatro; pero Eurípides habia sido testigo de él, y esta memoria le atormentaba en una edad en que todavía tomaba lecciones de elocuencia de Pródico, y de filosofía de Anaxágoras. A la edad de diez y ocho años entró en la carrera, y se le vió en ella á la par de Sófocles, como dos insignes competidores, que aspiran con ardor igual á la victoria.

Aunque era de ingenio muy ameno, gastaba ordinariamente cierta severidad, que alejaba de su semblante las gracias de la sonrisa, y los brillantes colores de la alegría; hábito, que habia contraído, como Pericles, en el trato con Anaxágoras su maestro. Las burlas le indignaban, y así dice en una de sus piezas: « aborrezco á

« esos hombres inútiles, que no tienen otro mérito que el de divertirse á costa de los sabios que los desprecian. » Aludia principalmente á los autores de comedias, quienes por su parte procuraban desacreditar sus costumbres, como desacreditaban las de los filósofos. Para responder, hubiera bastado observar que Eurípides era amigo de Sócrates, quien nunca asistia á los espectáculos, sino cuando se daba alguna pieza de este poeta.

Eurípides habia sacado á la escena princesas amancilladas de crímenes, y con esta ocasion se habia desencadenado mas de una vez contra las mugeres en general. Algunos procuraban incitarlas contra él, diciendo unos que las aborrecia, y otros mas ilustrados, que las amaba mucho. « Las detesta, decia uno un dia. — Sí, respondió Sófocles, pero es en sus tragedias. »

Varias razones le obligaron al fin de sus dias á retirarse á la corte de Arquelaos, rey de Macedonia. Este principe reunia en ella á cuantos sobresalian en ciencias y artes. Eurípides halló allí á Zeuxis, á Timoteo; el primero de los cuales habia hecho una revolucion en la pintura, y el segundo en la música; halló al poeta Agaton su amigo, uno de los mayores hombres de bien, y el mas amable de su tiempo. Este es el que decia á Arquelaos: « tres cosas debe tener presentes un rey: que gobierna á hombres; que

« debe gobernar segun las leyes, y que no los ha « de gobernar siempre. » No se explicaba Eurípides con menos libertad; y tenia derecho para hacerlo, pues no solicitaba gracia alguna. Un dia en que el uso permitia ofrecer al soberano algunos cortos presentes, como un homenaje de adhesion y de respeto, no se presentó con los cortesanos y aduladores que se atropellaban para cumplir este deber; habiéndole reconvenido amistosamente Arquelao, respondió Eurípides: « cuando el pobre da, pide. »

Algunos años despues murió á la edad de unos setenta y seis años. Los Atenienses enviaron diputados á Macedonia á pedir su cuerpo para trasladarlo á Atenas; pero Arquelao que ya habia dado señales públicas de su dolor, no dió oidos á esta peticion, mirando como honor de sus Estados, el conservar los restos de un hombre grande; y así mandó levantarle un sepulcro magnifico cerca de la capital, á las márgenes de un riachuelo de aguas tan puras, que convida al caminante á detenerse, y en consecuencia á contemplar el monumento que se le presenta. Al mismo tiempo los Atenienses le erigieron un cenotafio cerca del camino que va desde la ciudad á Pireo; y ahora pronuncian su nombre con respeto, y algunas veces con regocijo. En Salamina, lugar de su nacimiento, me llevaron con instancia á una gruta, en donde se pretende

que compuso la mayor parte de sus piezas: del mismo modo los habitantes del lugar de Colona me enseñaron mas de una vez la casa en que Sófocles habia pasado una parte de su vida.

Casi á un mismo tiempo perdió Atenas estos dos célebres poetas; y apenas habian cerrado los ojos, cuando Aristófanes en una pieza, representada con aceptacion, fingió que descontento Baco de las malas tragedias que se representaban en sus fiestas, habia bajado á los infiernos á traer á Eurípides, y que cuando llegó, halló la corte de Pluton llena de disensiones. La causa era honrosa para la poesia. Cerca del trono de este dios habia otros muchos, en donde estaban sentados los primeros poetas en los géneros nobles y sublimes; pero tenian que ceder cuando se presentaban hombres de un talento superior. Esquiles ocupaba el de la tragedia. Eurípides queria apoderarse de él, y se pasa á examinar los títulos de ambos: el último tiene en su favor una muchedumbre de gentes groseras y sin gusto, seducidas por los falsos ornatos de la elocuencia. Sófocles se declara por Esquiles, dispuesto á reconocerle por su maestro si sale vencedor, y á disputar la corona á Eurípides si vence este. En esto llegan á las manos los concurrentes, y usando ambos de los tiros de la sátira, ensalzan el mérito de sus piezas, y deprimen las de su rival. Baco debe decidir;

y aunque indeciso por mucho tiempo, al fin se declara en favor de Esquiles, quien antes de salir de los infiernos, pide con instancia que Sófocles ocupe su lugar, durante su ausencia.

A pesar de la manía y odio de Aristófanes contra Eurípides, su decision señalando el primer lugar á Esquiles, el segundo á Sófocles, y el tercero á Eurípides, era entonces conforme á la opinion de la mayor parte de los Atenienses. Sin aprobarla ni reprobarla, voy á referir las mudanzas que los dos últimos hicieron en la obra del primero.

Dije mas arriba que Sófocles introdujo en sus piezas un tercer actor; y no debo insistir sobre las nuevas decoraciones con que enriqueció la escena, como tampoco sobre los nuevos atributos, que puso en manos de algunos de sus personajes. Censuraba tres defectos en Esquiles: la excesiva elevacion de sus ideas, la apariencia gigantesca de la elocucion, y la disposicion violenta de los planes; y se lisonjaba de haber evitado estos defectos.

Si los modelos que se nos presentan en el teatro se hallasen á una elevacion grande, sus desgracias no podrian enternecernos, ni sus ejemplos instruirnos. Los heroes de Sófocles están á la distancia precisa á que pueden llegar nuestra admiracion é interes: como están superiores á nosotros, sin estar lejos de nosotros, todo cuan-

to les toca no nos es ni demasiado extraño, ni demasiado familiar; y como en los reveses mas terribles, conservan debilidad, resulta un patético sublime que caracteriza especialmente á este poeta.

Respeto tanto los límites de la verdadera grandeza, que por no pasarlos, suele algunas veces quedarse corto. En medio de una carrera rápida, en el momento en que va á abrasarlo todo, se le ve de improviso pararse y extinguirse; pudiendo decirse que prefiere el decaer á extrañarse. No era á propósito para insistir en las debilidades del corazon humano, ni en los crímenes viles; antes necesitaba almas fuertes, sensibles, y por lo mismo interesantes; almas conmovidas por la desgracia, sin que esta las agobiase ni engriese.

Reduciendo Sófocles el heroismo á su justa medida, bajó el tono de la tragedia, y desterró aquellas expresiones que dictaba á Esquiles una imaginacion fogosa, y llenaban de espanto á los espectadores: su estilo, como el de Homero, está lleno de vigor, de magnificencia, de nobleza, y de dulzura; hasta en la pintura de las mas violentas pasiones, se acomoda felizmente á la dignidad de los personajes.

Esquiles pinta los hombres mas grandes de lo que pueden ser; Sófocles como deben ser; y Eurípides como son. Los dos primeros no usaron de las pasiones y situaciones que el tercero juz-

gó capaces de grandes efectos, representando, ya princesas excesivamente enamoradas, que no respiran mas que adulterio y delitos, y ya reyes degradados por la adversidad, hasta el punto de ir vestidos de andrajos, y alargar la mano como los mendigos. Estas pinturas, en que no se veian vestigios de la mano de Esquiles ni de la de Sófocles, sublevaron desde luego los ánimos, oyéndose decir, que por ningun pretexto se debía amancillar el caracter ni la clase de los héroes de la escena; y que era vergonzoso diseñar con arte imágenes vergonzosas, y peligroso dar á los vicios la autoridad de los grandes ejemplos.

Pero habian pasado ya aquellos tiempos en que las leyes de la Grecia imponian pena á los artistas que no desempeñaban sus asuntos con cierta decencia: las almas se iban enervando, y cada día se ensanchaban mas los límites de la propiedad: la mayor parte de los Atenienses, no tanto notaron el trastorno que las piezas de Eurípides causaban en las ideas recibidas, como se dejaron llevar de los afectos con que supo animarlas; porque este poeta, habil en manejar todos los afectos del alma, es admirable cuando pinta los furores del amor, ó excita los movimientos de compasion; en estos casos es cuando, excediéndose á sí mismo, llega algunas veces á aquel sublime á que parece no haberle

destinado la naturaleza. Los Atenienses se lastimaron de la suerte de Fedra culpada: lloraron la del desgraciado Telefo, y el autor quedó en buen lugar.

Mientras acusaban á Eurípides de debilitar la tragedia, él se proponia convertirla en una escuela de sabiduria; y así es que en sus escritos se halla el sistema de Anaxágoras; su maestro, sobre el origen de los seres, y los preceptos de aquella moral, cuyos principios aclaraba entonces Sócrates su amigo. Pero como los Atenienses habian tomado aficion á la elocuencia artificial que les habia enseñado Pródico, se dedicó principalmente á adularles los oídos; y de esta suerte los dogmas de la filosofia y los adornos de la retórica, se introdujeron en la tragedia, cuya innovacion sirvió tambien para distinguir á Eurípides de los que le habian precedido.

En las piezas de Esquiles y de Sófocles, las pasiones, solícitas de llegar á su término, no prodigan máximas, que detendrian su curso: el segundo tiene sobre todo la particularidad, de que corriendo, y casi sin advertirlo, con un solo rasgo pinta el caracter, y descubre los pensamientos de los personajes que pone en la escena. Así es como en su *Artigona*, una palabra suelta que dice esta princesa, como por casualidad, da á conocer el amor que tiene al hijo de Creon.

Eurípides multiplicó las sentencias y las reflexiones; tomando por placer ó por deber el ostentar sus conocimientos, y usando á menudo de las formas oratorias; de donde nacen los diversos juicios que se han hecho de este autor, y el podersele considerar bajo diversos aspectos. Como filósofo, tuvo muchos partidarios; y así es que los discípulos de Anaxágoras y los de Sócrates, á imitación de sus maestros, se felicitaron de ver su doctrina aplaudida en el teatro; y si bien no perdonaron á su intérprete algunas expresiones demasiado favorables al despotismo, se declararon no obstante abiertamente por un escritor que inspiraba el amor á los deberes y á la virtud, y que adelantando sus miras, anunciaba en alta voz, que no se debía acusar á los dioses de tantas pasiones vergonzosas, sino á los hombres que se las atribuyen; y como insistía con vigor sobre los dogmas importantes de la moral, le pusieron en el número de los sabios, y siempre será mirado como el filósofo del teatro.

Su elocuencia, que á veces degenera en una vana abundancia de palabras, no le ha hecho menos célebre entre los oradores en general, y entre los del foro en particular; puesto que persuade con el calor de los afectos, y convence con la destreza en presentar las respuestas y las réplicas.

Las bellezas que los filósofos y oradores admi-

ran en sus escritos, son defectos reales á los ojos de sus censores; quienes defienden que tantas frases de retórica, tantas máximas amontonadas, digresiones científicas, y disputas ociosas resfrían el interés; y por esta parte hacen á Eurípides muy inferior á Sófocles, que no dice nada que sea inútil.

Esquiles conservó en su estilo las libertades del ditrambo, y Sófocles la magnificencia de la epopeya; pero Eurípides fijó el lenguaje de la tragedia; y sin conservar casi ninguna expresión de las que estaban especialmente consagradas á la poesía, de tal modo supo elegir y emplear las del lenguaje comun, que con su acertada combinación parece que la debilidad del pensamiento desaparece, y se ennoblece la palabra mas comun. Tal es la ilusión de aquel estilo encantador, que con un justo temperamento entre la bajez y la elevacion, casi siempre es elegante y claro, casi siempre armonioso, fluido, y tan flexible, que parece prestarse sin esfuerzos á todas las necesidades del alma.

No obstante esto, le costaba mucho hacer versos corrientes. Del mismo modo que Platon, Zeuxis, y todos los que aspiran á la perfeccion, juzgaba sus obras con la severidad de un rival, y las corregía con la ternura de un padre. En una ocasion, decia, « que tres versos le habian costado tres dias de trabajo. — En vuestro lugar

« hubiera hecho yo ciento , le respondió un poeta mediano. — Lo creo , le dijo Eurípides , pero no hubieran durado mas de tres dias. »

Sófocles usó en sus coros de la armonia frigia , cuyo objeto es inspirar moderacion , y conviene al culto de los dioses. Eurípides , cómplice de las innovaciones que Timoteo introducía en la música antigua , adoptó casi todos los modos , y principalmente aquellos , cuya suavidad y blandura venian bien con el caracter de su poesia. Causó asombro el oír en el teatro sonos afeminados , y algunas veces multiplicados en una sola sílaba ; por lo que fué tenido el autor por un artista sin vigor , que no pudiendo elevarse hasta la tragedia , la hacia bajar hácia él ; que con esto quitaba á todas las partes de que se compone , el peso y la gravedad que le convienen ; y que haciendo composiciones cortas con palabras cortas , queria reemplazar la belleza con el adorno , y la fuerza con el artificio. « Hagamos cantar á Eurípides , decia Aristófanes : que tome una lira , ó mas bien un par de conchas , pues este es el único acompañamiento que pueden tener sus versos. »

En el dia , nadie se atreveria á hacer esta critica ; pero en tiempo de Aristófanes , acostumbrados muchos desde su infancia al tono respetuoso y lleno de magestad de la antigua tragedia , temian entregarse á la impresion de los

nuevos sonidos que oían. Por último las gracias han suavizado la severidad de las reglas , y han necesitado muy poco tiempo para triunfar.

En cuanto á la constitucion de las piezas , está generalmente reconocida la superioridad de Sófocles ; y aun se podria demostrar que casi todas las leyes de la tragedia han sido extractadas de sus obras ; pero como en materia de gusto , la analisis de una obra buena es casi siempre una obra mala , porque las bellezas prudentes y regulares , pierden una parte de su precio , bastará decir en general , que este autor no ha caído en las faltas esenciales que se notan en su rival.

Rara vez acierta Eurípides en la disposicion del argumento : unas veces peca contra la verosimilitud , y otras son violentos los incidentes ; algunas su accion deja de ser un todo ; el enredo y el desenredo casi siempre dejan algo que desearse , y muchas veces los coros no tienen mas que una conexion indirecta con la accion.

Discurrió el declarar su asunto en un prólogo ó largo proemio , casi enteramente desunido de la pieza ; en el cual es donde , por lo comun , viene uno de los actores á recordar friamente todos los acaecimientos anteriores y relativos á la accion ; á contar su genealogia , ó la de uno de los principales personajes : si es un dios , dice los motivos que le han hecho bajar del cielo ; ó los que le han obligado á salir del sepulcro , si es

un mortal; y aquí es donde para darse á conocer á los espectadores, se contenta con declinar su nombre: *Yo soy la diosa Venus. Yo soy Mercurio, hijo de Maya. Yo soy Polidoro, hijo de Hécuba. Yo soy Jocasta. Yo soy Andrómaca.* Ved aquí como se explica Ifigenia, presentándose sola en el teatro: «Pélope, hijo de Tántalo, vino á Pisa, «y casó con la hija de Enomao, de quien nació «Atreo; de Atreo nacieron Menelao y Agame-
«non; este último casó con la hija de Tindaro, «y de este himeneo nació yo Ifigenia*.» Tras esta genealogía, que Aristófanes ha trobado con mucha gracia en una de sus comedias, se dice la princesa á sí misma, que su padre la hizo venir á Aulide, con pretexto de casarla con Aquiles, pero en la realidad, para sacrificarla á Diana; y que habiendo esta diosa puesto en su lugar una cierva, la había arrebatado repentinamente, y trasportádola á Táuride, donde reina Toas, llamado así por su agilidad, comparable á la de las aves**. En fin, despues de algunas otras me-

* El P. Brumoy, que quiere disculpar los defectos de los antiguos, empieza esta escena por estas palabras, que no están en Eurípides: «Desgraciada Ifigenia, ¿deberé yo recordar mis infortunios?»

** Eurípides deriva el nombre Toas, de la palabra griega *Θοός*, que significa *ligero en la carrera*. Aun cuando esta etimología fuese tan verdadera como es falsa, es bien extraño hallarla en este lugar.

nudencias, acaba refiriendo un sueño que la ha atemorizado, y le presagia la muerte de su hermano Orestes.

En las piezas de Esquiles y de Sófocles hay un excelente artificio que aclara el argumento desde las primeras escenas; y aun parece que el mismo Eurípides tomó de ellos este secreto en su *Medea*, y en su *Ifigenia en Aulide*. Sin embargo, aunque faltó de arte en la mayor parte de esto, no le condenan algunos críticos hábiles.

Lo mas extraño es, que en algunos de sus prólogos, como para debilitar el interes que se propone inspirar, nos indica la mayor parte de los sucesos que han de excitar nuestra sorpresa; y lo que tambien nos debe maravillar es verle á veces dar á los esclavos el lenguaje de los filósofos, y á los reyes el de los esclavos; y otras para adular al pueblo, divertirse á ciertas digresiones, de que hay un ejemplo notable en la pieza de *las Suplicantes*.

Teseo habia reunido el ejército ateniense, y para marchar contra Creon, rey de Tebas, esperaba la última resolución de este principe. A este tiempo llega el heraldo de Creon, y pide hablar al rey de Atenas. «En vano le buscareis, «dice Teseo, porque esta ciudad es libre, y el «pueblo es el soberano.» Al oír estas palabras, el heraldo declama diez y siete versos contra la democracia; con lo cual se irrita Teseo, le trata